

EL NUEVO MAPA DEL MUNDO

Globalización y potencias emergentes*

Al viejo Hegel, a quien ya nadie lee, le gustaba decir que los periodos felices de la humanidad carecen de historia porque en ellos no pasa nada importante y, al no pasar nada, las cosas están bien. Puede que tenga razón, el hecho es que el mundo actual se caracteriza por una acumulación grande de acontecimientos y de incertidumbres. Vivimos en unas sociedades sometidas a todo tipo de cambios y de transformaciones.

En este momento, los jóvenes no saben si van a encontrar empleo, los mayores no sabemos si vamos a poder cobrar nuestras pensiones, no sabemos muy bien cuánto vale el dinero que tenemos o lo que nuestros ahorros valdrán en el futuro. No sabemos bien lo que valen nuestras casas, no sabemos si el euro seguirá existiendo dentro de unos meses, no sabemos tampoco cuál es el futuro de la Unión Europea.

El otro día una persona inteligente decía: “no sé si España continuará existiendo dentro de treinta o cuarenta años”. Asimismo, emergen potencias enormes, operándose cambios en el mundo a una velocidad de vértigo.

Emilio Lamo de Espinosa, catedrático de Sociología, Universidad Complutense de Madrid. Académico electo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

* Este texto es la transcripción editada de la conferencia impartida oralmente el pasado 5 de julio dentro del curso “La libertad en 2010: encrucijadas y oportunidades” del Campus FAES 2010.

Podríamos, en ese sentido, recordar aquel comentario de Ortega, en una época parecida, cuando decía que “no sabemos lo que nos pasa y eso es lo que nos pasa”; ésta es en buena medida la situación. La modernidad es líquida, lo sólido se desvanece en el aire. El caso es que no sabemos bien dónde estamos.

Lo que pretendo es objetivar nuestra situación y el único modo de objetivarla, de verse uno mismo de un modo objetivo, es tomando distancia, es decir, alejándose de uno mismo. Y pretendo hacerlo de dos modos: tomando distancia en el espacio, no ver el mundo desde Europa y España, sino vernos desde fuera, ver a España y a Europa desde fuera, desde el mundo. Y objetivándonos también en el tiempo, vernos desde el pasado, ya que todo tiene un comienzo y todo tiene un final. Trátemos de tomar distancia, recular en el tiempo para ver los acontecimientos con una perspectiva histórica. Cuando hagamos ese ejercicio podremos concluir que nos encontramos en el punto de inflexión de tres ciclos históricos.

En primer lugar, existe un ciclo corto, el de la crisis económica, que comienza el año 2007, y del que todavía no hemos salido. Efectivamente, empieza a hablarse de un *double deep*, de una doble recesión, que puede prolongarse bastante tiempo. En segundo lugar, un ciclo de medio-largo plazo en el que nos encontramos plenamente inmersos, el ciclo de la globalización que comienza con la caída del Muro de Berlín y del Telón de Acero en los años 1989-1991. Y el tercer ciclo, que es sin duda el más importante, un ciclo de muy largo plazo, que podríamos describir como el fin de lo que los historiadores han llamado la era de Occidente. Una era de Occidente que comienza con las grandes navegaciones de altura en el siglo XV y con la gran expansión de Europa por todo el mundo.

Tres ciclos que se superponen, tres ciclos que se refuerzan, tres ciclos que hay que entender el uno sobre el otro. Así, no se entiende la crisis económica sin entender lo que es el proceso globalizador, ni lo que significa el proceso globalizador sin entender el gran ciclo histórico de la era de Occidente.

Y pretendo abordar cuatro grandes temas: un breve comentario sobre el ciclo corto de la crisis; en segundo lugar, un recorrido por el mundo ac-

tual, lo que yo llamo la segunda revolución económica mundial y por el ciclo de medio-largo plazo de la globalización; y en tercer lugar daré una ojeada al pasado y otra al futuro para situar el ciclo largo de Occidente. Finalmente haré algunos comentarios a modo de cierre.

EL CICLO CORTO DE LA CRISIS ECONÓMICA

Resulta pertinente recordar aquella brillante portada de *The Economist* en la que veíamos a un pobre bebé recién nacido arrastrando el peso enorme de la deuda que le han dejado sus padres en herencia. Normalmente resolvemos los problemas futuros de nuestros hijos con nuestro esfuerzo actual, eso es lo que los padres tratamos de hacer, pero ¿qué tal esta idea de solucionar nuestros problemas actuales con los esfuerzos futuros de nuestros hijos? Pues bien, esto es lo que significa el endeudamiento, un proceso de transferencia intergeneracional, no de activos, sino de pasivos. Nos encontramos ante una situación de endeudamiento colosal de los países occidentales. Según una página web estadounidense que mide el reloj de la deuda pública americana día a día, momento a momento, a 4 de julio de 2010 la deuda pública de los EE.UU. era de 13,2 billones de dólares. El PIB era de 14,5, lo que significa un endeudamiento de 42.700 dólares por persona, un endeudamiento salvaje.

Pero, evidentemente, los estadounidenses no son los únicos que se han endeudado masivamente. El siguiente dato también está tomado de *The Economist*: España debe en este momento, si sumamos la deuda pública y la deuda privada, 3,5 veces su PIB; Japón, 4,5 veces. De hecho, España es el tercer país más endeudado del mundo desarrollado después de Japón y Gran Bretaña. Nótese, sin embargo, cuáles son los menos endeudados: China, Brasil, la India y Rusia, volveremos sobre eso inmediatamente.

Si hay una deuda colosal es porque debe haber acreedores colosales. Siempre nos fijamos en los deudores, pero nunca nos preguntamos por los acreedores. Pero si nos hemos endeudado es porque alguien nos ha podido prestar esas ingentes cantidades de dinero, porque había, en fin,

mucha liquidez. ¿Cómo ha sido posible esto? ¿Quién ha prestado esas sumas? ¿Quiénes son, en definitiva, nuestros acreedores?

Básicamente, la explicación la encontramos en dos elementos. Uno, lo que se ha llamado en referencia al caso estadounidense el “triángulo del endeudamiento”. Consiste en que el Gobierno federal de los EE.UU., por razones electorales, no cobraba impuestos, generando así un importante déficit presupuestario desde la época de Greenspan al frente de la Reserva Federal. Con ese dinero que no pagaban al Estado, las familias compraban productos extranjeros, generando un déficit comercial creciente. Y a su vez los proveedores extranjeros, especialmente China, devolvían el dinero comprando deuda pública americana a empresas estadounidenses, generando así una deuda externa. Un proceso extendido a otros países y retroalimentado en un círculo vicioso que, al parecer, ha tocado a su fin.

La segunda clave del endeudamiento es mucho más sencilla: consiste en ahorrar o no ahorrar. Las familias en Estados Unidos dejaron de ahorrar a partir el año 1996-1997, ya que con la abundancia de dinero barato carecía de sentido hacerlo. Los niveles de ahorro familiar descendieron hasta cero prácticamente, llegándose posteriormente al endeudamiento. Por el contrario, en China a partir de las reformas de los 70, y especialmente desde los años 1992-1993, las familias llegaron a ahorrar hasta el 50% de la renta familiar disponible. Ésta es la explicación última de la realidad: los pobres han estado financiando a los ricos, nos han estado financiando a nosotros. Ésta es la gran paradoja: los países emergentes han estado financiando el déficit de los países ricos.

Y la situación puede empeorar si le incorporamos en los próximos años lo que los expertos llaman *age related expenses*, el incremento del gasto público como consecuencia del proceso de envejecimiento. En el caso de España, y para el año 2040 (según un informe del Banco Central de Basilea sobre el caso español), el nivel de deuda podría llegar al 300% del PIB. No va a ocurrir, son cifras tan disparatadas que no pueden llegar a darse, pero ése es el escenario que se plantearía si llegáramos a 2040 *rebus sic stantibus*.

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN ECONÓMICA MUNDIAL

¿Cómo se ha llegado a esta situación? Ha sido posible –y paso a tratar el segundo ciclo histórico al que aludí antes– porque nos encontramos ante una revolución económica y social, por fortuna todavía no política, mayor que la Revolución Industrial.

En efecto, la revolución actual es bastante más extensa, mucho más intensa y mucho más rápida. Es más extensa porque afecta a todo el mundo. La Revolución Industrial, recordémoslo, sólo afectó al mundo nor-atlántico, sumándose Japón más tarde. Pero en la actualidad todo el Globo se encuentra sumido en el proceso de revolución económica. Incluso África, aunque ha empezado más tarde, que lo está haciendo fundamentalmente por medio de las inversiones chinas.

Es mucho más intensa porque afecta a más procesos, a más productos y a más hábitos. Pensemos en este dato crucial: el año 2007, por primera vez en la historia de la humanidad, la población urbana del mundo excedió en número a la población rural. Pues bien, los sociólogos sabemos muy bien que nada cambia más los hábitos, los modos de pensar, las actitudes y las costumbres que el tránsito rural-urbano. Y ese proceso de urbanización continúa en este momento de forma acelerada. Por lo tanto, la revolución no es una revolución únicamente extensa; afecta a muchos hábitos, a muchas costumbres, a muchos procesos, a muchas prácticas.

Y finalmente es mucho más rápida que la Revolución Industrial. La actual se completará en treinta o cuarenta años, mientras que la Revolución Industrial necesitó prácticamente 150 años. Por poner un ejemplo, en la época clásica de la Revolución Industrial, en el siglo XIX, Inglaterra y Estados Unidos necesitaban del orden de cuarenta o cincuenta años para doblar su renta per cápita; en este momento, los países emergentes lo hacen cada diez años, de hecho veremos que China lo ha hecho ya tres veces en los últimos treinta años (lleva treinta años creciendo al 10% acumulativo).

EL CICLO LARGO DE OCCIDENTE

Pero veamos los datos en el largo plazo. Con la Revolución Industrial, a partir de 1800-1820, comienza el despegue marcado de Occidente, mientras que el crecimiento del resto del mundo es todavía lento. Es entonces cuando tiene lugar el despegue del G-8, que se acelera desde 1900, y especialmente desde 1950. A lo largo del siglo XX, sobre todo en la segunda mitad, el PIB mundial se multiplica por cinco: pasa de 5 billones de dólares constantes a nada menos que 35 billones de dólares, un crecimiento espectacular. El PIB se multiplica por siete, mientras que la población lo hace sólo por dos, lo cual explica muchas de las cosas que están ocurriendo ahora. Y ese crecimiento se ha mantenido durante los veinte años transcurridos desde la caída del Muro de Berlín (1989-1990), en los que hemos pasado de 35 billones de dólares a nada menos que 69-70 billones, un crecimiento de nuevo espectacular.

Pero es un crecimiento claramente asimétrico. A partir de finales del siglo pasado las tasas de crecimiento de los países emergentes han sido superiores a las de los desarrollados, y la crisis económica ha agudizado este fenómeno: los países emergentes crecen mucho más deprisa que los desarrollados.

Según los datos de crecimiento del PIB mundial en el periodo 1980-2005, China creció al 10,2% entre 1980 y 1990, al 10,5% entre 1990 y 2000, al 9,6% entre 2000 y 2005. Y sigue creciendo al 9%. Hay temor de que baje al 8,5%, pero en este momento está creciendo aproximadamente al 9%. La India creció un poco más despacio, sobre todo al principio, luego subió al 6%, para más tarde alcanzar el 6,9 %. En este momento está en el 8%. La tasa de crecimiento de los países desarrollados, de los *high income countries*, no superó, por el contrario, el 3,2%. En España estamos entre el 0 y el 1%. Como vemos, los ritmos de crecimiento han variado enormemente: los países emergentes crecen muy rápido, mientras que los países desarrollados lo hacen muy lentamente.

¿Qué consecuencias ha tenido este crecimiento asimétrico?

Básicamente tres, todas ellas muy positivas.

La primera es el ascenso de los BRIC (Brasil, Rusia, la India y China). El acrónimo BRIC lo inventó un analista de Goldman Sachs, Jim O'Neill, en un famoso trabajo que publicó en 2001. Yo lo leí y no le concedí ninguna verosimilitud. En aquel momento todos veíamos el auge de estos países con enorme escepticismo. Pero estábamos equivocados y ya tenemos a todos esos países en cabeza de la economía mundial. China es la tercera economía del mundo y no hay ninguna duda de que pasará a ser la segunda en breve plazo; la pregunta es cuándo pasará a ser la primera. Rusia es la octava, y ahí tenemos también a Brasil y a la India. Estamos hablando en términos de PIB nominal; si lo valoráramos en términos de paridad de poder adquisitivo, estas potencias estarían todavía más arriba. ¿Qué ha supuesto esto? Pues inevitablemente la necesidad de saltar del G-7, que albergaba sólo a las antiguas economías desarrolladas, al actual G-20.

El segundo cambio fundamental es lo que se ha denominado *decoupling*, esto es, el desacoplamiento de la economía de los EE.UU. de la economía mundial, que se beneficia de nuevos motores. Así, en el año 2007 China contribuyó, en dólares nominales, al crecimiento mundial más que la eurozona y más que EE.UU., mientras que la contribución de la India fue equivalente a la de Japón. En este momento el gran motor del crecimiento mundial es China. Es decir, la economía del mundo depende cada vez menos de los motores tradicionales, Europa y EE.UU., y se nutre cada vez más de los nuevos motores: China, la India, Brasil y Rusia (aunque hablar de Rusia como un país emergente resulta discutible, porque ciertamente es un país más “hundiente” que emergente).

El tercer resultado es la revolución de las clases medias. Hay un enorme crecimiento de las clases medias y se está reduciendo muy significativamente la pobreza absoluta. Se ha reducido mucho la desigualdad entre las personas, aumenta en ocasiones dentro de los países, pero se reduce entre las personas del mundo. Se mantienen, eso sí, niveles indeciblemente altos, casi obscenos, de malnutrición, término con el que ocultamos el drama del hambre que continúa existiendo en el mundo.

Según un trabajo de Martin Ravallion, uno de los grandes expertos del Banco Mundial y la ONU en la cuestión de la pobreza en el mundo, la

clase media de los países en desarrollo creció del 33% en 1990 al 50% en 2005, es decir, de 1.400 a 2.600 millones de personas. Sólo China supone la mitad de ese incremento, del 15 al 62%, y eso supone el 81% de ese crecimiento. La clase media de China y la India (de “Chindia”, como se dice en ocasiones) representa ya más del 50% del total mundial. Estamos, pues, ante una transformación brutal y extraordinariamente positiva.

El porcentaje del total de pobres en el mundo ha bajado del 63% al 47%, de 2.700 a 2.500 millones. En China el porcentaje de población viviendo con menos de un dólar al día ha pasado del 84% en 1990 al 36% en 2005. El coeficiente de Gini ha ido descendiendo en todo el mundo. Si echamos un vistazo a la gráfica de distribución de la renta per cápita en China observamos que bajo condiciones de extrema pobreza, la desigualdad es muy baja, la diferencia entre unos y otros es escasa porque todos están al borde de la malnutrición. A medida que la curva se va trasladando a la derecha ésta se abre y lógicamente la desigualdad dentro de China aumenta, como aumenta en todos los países que comienzan crecimientos importantes, pero a su vez la diferencia entre China y los países desarrollados se reduce porque los chinos en su conjunto están mejor, de modo que la desigualdad en el mundo se reduce. Por lo que respecta a la malnutrición, hay 1.000 millones de personas en condiciones de hambre, una cifra que ha aumentado en los últimos tiempos a consecuencia de la crisis económica y financiera.

¿Quiénes son los ganadores de este proceso?

Evidentemente, los ganadores netos son los cuatro BRIC, especialmente Brasil, la India y China. Representan más del 40% de la población mundial (casi 3.000 millones), más del 40% del territorio y el 23% del PIB mundial. Tres son países nucleares; dos de ellos tienen derecho de veto en el Consejo de Seguridad de la ONU; ninguno es europeo (esto es importante); dos son occidentales periféricos (Brasil y Rusia), mientras que los otros dos son “monstruos”, no sabemos bien lo que son. Huntington los llamaba “civilizaciones disfrazadas de Estados” y me parece una buena denominación. Un país estándar tiene 40, 60, 80, quizás 100 millones de habitantes. Ya EE.UU. con 300 millones de habitantes está *out of the scale*, es otra cosa, y siempre lo hemos considerado otra

GRÁFICO 1

**Nuevo mapa del mundo.
Extremo Occidente = Gran Bretaña y la Península Ibérica**



En el nuevo mapa del mundo, Asia (China y la India) ocuparía una posición central.

cosa. Pero cuando hablamos de un país como China con 1.300 millones de habitantes y 5.000 años de historia estamos hablando de algo que escapa a nuestro entendimiento, es un objeto político no identificado. Lo pensamos como Estado, lo pensamos como país, pero es un “monstruo”. La India, con 1.100 millones de habitantes, es otro “monstruo”. Los monstruos y los gigantes a veces hacen daño sin querer, simplemente no pueden evitarlo.

¿Quiénes son los perdedores netos?

Sin duda, los viejos países del G-7: Estados Unidos y Japón pierden peso relativo, mientras que la Unión Europea pierde peso absoluto. El porcentaje que EE.UU. aporta al PIB mundial se ha mantenido, pero el de la Unión Europea ha ido descendiendo hasta quedarse en el 20%. El de China ha crecido rápidamente desde menos del 5% hasta casi el 20%, al igual que el del resto de Asia, que también se aproxima al 20%. Hay un proceso de convergencia de estos cuatro grandes bloques económicos hacia el 20% desde posiciones de partida muy dispares.

¿Cuáles son las causas?

Básicamente cuatro: insistiré en las demográficas, políticas, económicas y tecnológicas. Todas menos la segunda son debidas a la difusión de la tecnología, una variable fundamental en todos los sistemas sociales.

1. Causas demográficas

Nos encontramos en plena transición demográfica a nivel mundial. Así, entre 1950 y 2000 la población mundial creció de 3.000 a 6.000 millones, es decir, se dobló. Un crecimiento brutal que absorbía cualquier incremento del PIB, por lo que no se traducía en un aumento de la renta per cápita sino en mayor pobreza. Desde el año 2000 el crecimiento se ha reducido a la mitad: vamos a pasar de 6.000 a 9.000 millones. Estamos pues en transición demográfica y ésta es una variable clave. Pero nótese que ese crecimiento es claramente asimétrico y está concentrado en los países emergentes. Europa y EE.UU. ven cómo su volumen de población se estanca, descendiendo incluso en algunos países, como España, hasta el inicio del aflujo de inmigrantes. Este estancamiento está rompiendo el equilibrio demográfico entre las regiones.

2. Causas políticas

Son fundamentales. En 1989, concretamente el 9 de noviembre, comienza la globalización. Cae el Muro de Berlín y se unifica Alemania, cae el Telón de Acero que dividía Europa en dos bloques y se unifica el continente. Pasamos de la Unión de 15 a la de 27. Pero sobre todo cae la URSS y se acaban los bloques. Éstos eran ideológicos y militares, pero también económicos (recordemos el COMECON), y separaban el mundo en dos escenarios radicalmente distintos. A partir de ese momento el mundo se ha ido unificando alrededor de dos marcos institucionales básicos de éxito indiscutible: uno es un marco político, el Estado democrático; el segundo es un marco económico, la economía de mercado, lo que antes llamábamos modo de producción capitalista. Porque China es capitalista, la India es capitalista, Rusia es capitalista. Hoy no hay legitimidad alternativa alguna ni al Estado democrático ni a la economía de mercado, ni siquiera en estos momentos de crisis profunda de la economía de mercado y del sistema financiero internacional tenemos ninguna propuesta alternativa. El Estado democrático y la economía de mercado han triunfado absoluta y rotundamente.

Y esto se explica fundamentalmente por la caída del Muro de Berlín. Así, durante el largo periodo de la Guerra Fría (1945/1950-1989) el número de autocracias aumentó enormemente, mientras que el de democracias se mantuvo estable. Pero desde la caída del Muro las democracias han superado ampliamente en número a las autocracias. Por tanto, estamos ante un marcado proceso de democratización del mundo, algo muy positivo. Según Freedom House, hoy el 46% de los países del mundo (89 países) son libres, constituyendo las autocracias sólo el 22% (42 países). En términos poblacionales, el 46% de la población mundial vive en países libres y sólo el 34% vive bajo regímenes autoritarios (20% bajo regímenes mixtos). En América Latina sólo queda una dictadura, que es Cuba, una situación muy distinta a la de hace quince años. La única región por democratizar es el MENA (*Middle East and North Africa*), todo el norte de África y Oriente Medio, donde sólo hay un país libre y con elecciones democráticas: Israel.

Es evidente que la calidad de algunas democracias es muy discutible. Si recurrimos a datos más finos, como los que elabora el *Economist Intelligence Unit*, podemos concluir que completamente democráticos sólo son el 18% de los países y el 14% de la población mundial, pero el proceso democratizador es indiscutible. Además, sólo la democracia tiene legitimidad universal: los Estados se dicen democráticos aunque no lo sean, y la inmensa mayoría de la población del mundo apoya la democracia. Fukuyama, en aquel libro famoso, *El fin de la Historia y el último hombre*, tenía razón: el Estado democrático no tiene ningún tipo de alternativa. Sólo dos Estados, sin contar el Vaticano, afirman no ser democráticos: Myanmar y Arabia Saudí. Todos los demás afirman serlo, incluso Cuba, porque tienen que presumir de pedigrí democrático ya que ninguna alternativa a la democracia tiene credibilidad. Asimismo, la mayor parte de la población mundial opina que los gobiernos deben ser elegidos, da igual que sea en Rusia, en Turquía, en Irán, en Nigeria, en Egipto, en Hungría, en China. Curiosamente, es en un país democrático como la India donde hay menos apoyo a la democracia. ¿Cuál es el apoyo a la democracia en África? Total. En Ghana, en Kenia, en Senegal, en Benin, en Cabo Verde, en todo el continente el apoyo a la democracia es indiscutible.

¿Es la democracia incompatible con el islam? Pues no, como demuestra el apoyo que el sistema democrático tiene entre las poblaciones de países musulmanes como Kuwait, Jordania, Nigeria, Líbano o Marruecos.

¿Por qué es importante esto? El proceso de democratización es importante *per se*, sin duda, pero también lo es porque existe una nítida correlación entre libertad política y prosperidad económica: casi todos los países prósperos del mundo son libres y casi todos los países libres son prósperos. Los politólogos y los sociólogos llevamos décadas discutiendo cuál es el huevo y cuál es la gallina, cuál es la variable dependiente y cuál la independiente, pero el caso es que van juntos. La relación entre PIB per cápita y libertad económica es lineal, a medida que aumenta en el eje horizontal la libertad económica, aumenta en el eje vertical el PIB per cápita.

¿Cuál es la explicación? Probablemente que la democracia suele asegurar un buen gobierno, esto es, un capital institucional importante; hay una relación clarísima entre buen gobierno y prosperidad, y entre mal gobierno y pobreza, corrupción y mala asignación de recursos. La práctica totalidad de los países con buen gobierno son países ricos, la práctica totalidad de los países con mal gobierno son pobres, mientras que los países con gobiernos mixtos tienen una situación mixta. Hay pues una clara correlación entre buen gobierno, democracia, libertad económica y prosperidad económica.

3. Causas económicas: la convergencia

En tercer lugar, hay una lógica económica que explica lo que está sucediendo, lo que William Baumol llamó en un trabajo clásico publicado en *American Economic Review* la convergencia. Es mucho más fácil copiar que inventar, y lo que hacen los países atrasados es copiar a los países avanzados. Y copian de dos maneras. En primer lugar, copian tecnología, productos, *hardware*, cosas, técnicas. Pero también copian buenas políticas, buenas instituciones, *good governance*, *software* social, cultura. Copian ética, copian el *rule of law*, copian la contabilidad, las auditoras, las hipotecas, la escuela, las universidades, los marcos institucionales. Así pues, no solamente copian objetos, copian también cultura, ética, organización e instituciones. El resultado es la difusión de muchas innovaciones, y en la

medida que se difunden se produce una convergencia en las productividades: los trabajadores de los países pobres producen y su productividad aumenta. A medida que se produce una convergencia en las productividades per cápita, se produce una convergencia en la renta per cápita. Recordemos la ecuación más elemental de la economía: la riqueza de un país es igual al volumen de población multiplicado por su productividad. A medida que aumenta la productividad, a mayor población, mayor riqueza del país.

Si estudiamos el proceso de convergencia entre 1870 y 1970, observamos que al principio Gran Bretaña (y luego Estados Unidos) mantiene una gran diferencia como país líder con el resto de las economías abiertas, pero poco a poco las demás recuperan terreno a medida que se difunden las innovaciones. Así, hacia 1975 las diferencias prácticamente han desaparecido, produciéndose una casi total convergencia de productividades per cápita, y por tanto de renta per cápita. En la actualidad asistimos a un proceso de convergencia global en el medio plazo. EE.UU., la UE, la India y China convergen en torno al 20% del PIB mundial.

4. Causas tecnológicas

Y finalmente habría que hablar de elementos tecnológicos, como el transporte de mercancías y las TIC. Un invento tan simple y aparentemente vulgar como el *container* o contenedor, desarrollado por un americano para organizar la logística de la Guerra de Vietnam, ha reducido el coste del transporte de mercancías en 36 veces, nada menos, abaratando enormemente el transporte de *commodities*, de los productos manufacturados. Y de otra parte, tenemos el transporte de mensajes, las TIC (tecnologías de la información y de la comunicación): hoy el transporte de cualquier tipo de mensaje tiene un coste cero.

La introducción del contenedor permite deslocalizar el trabajo manual de los *blue-collar*: si puedo transportar mercancías por poco dinero, puedo llevarme la fábrica de neveras o de lo que sea a cualquier lugar a un coste reducido. Y si puedo enviar los mensajes con coste cero y de manera instantánea, puedo llevar mi oficina a cualquier sitio y puedo, por tanto, deslocalizar el trabajo *white-collar*, esto es, el trabajo de oficina.

De esta manera, tenemos dos tipos ideales de crecimiento: el modelo chino y el modelo indio. El modelo chino es un modelo que fabrica cosas, fabril, basado en la deslocalización del trabajo *blue-collar*, con mano de obra poco cualificada y orientado a la exportación de mercancías. China es, efectivamente, la fábrica del mundo: todos los electrodomésticos, casi todos los televisores, todos los ordenadores, todos los teléfonos que llevamos en los bolsillos son *made in China*. Y probablemente fabricados en la misma ciudad y quizá en la misma fábrica, que produce para todas las firmas occidentales.

La India es lo contrario. Ha crecido sobre la base del *software*, sobre la deslocalización del trabajo *white-collar*, sobre la mano de obra cualificada. Orientada más hacia el consumo interno que externo, es la oficina del mundo. No olvidemos que uno de los activos de la India es la amplia difusión de la lengua inglesa, y por eso se ha podido convertir en el *back office* del mundo angloparlante, y éste es uno de los factores de crecimiento del país.

Los países emergentes ya no exportan solamente minerales o productos agrícolas, exportan también manufacturas. Así, el porcentaje de sus exportaciones representado por los minerales y los productos agrícolas está descendiendo, mientras que el representado por la exportación de manufacturas y servicios ha ido aumentando, lo que ha permitido que el comercio mundial se multiplique por cincuenta.

Asimismo, aparecen nuevas multinacionales de los países emergentes que son competitivas en la economía global. Unas multinacionales entre las que no se hallan solamente empresas petroleras, agrícolas o mineras, sino también firmas de tecnologías de la información y de la comunicación así como empresas farmacéuticas o aeronáuticas (como Embraer, una empresa aeronáutica brasileña). Algunas de estas multinacionales compran empresas occidentales: el icono de la automoción británica, Jaguar, es ya propiedad de los indios. Quién iba a pensar que la India compraría en Gran Bretaña y no Gran Bretaña en la India. Entre las veinte mayores empresas del mundo seis son chinas. Y no estamos hablando sólo de puestos de baja cualificación: hoy China está invirtiendo en I+D tanto como Japón. La tecnología de Nokia la están desarrollando no ingenieros estadounidenses o

Europeos, sino chinos. La India y China cuentan, además, con muchos más usuarios de Internet que Europa o EE.UU.

Y así, si nos preguntamos quién se opone hoy al libre comercio y a la globalización, descubrimos que la India y China están encantadas con la apertura de los mercados y que los que más se oponen son los estadounidenses. China es el país más favorable a la economía de mercado, el tercero es la India y el sexto es Brasil, todos ellos países que están experimentando un espectacular crecimiento y desarrollo gracias al viejo modo de producción capitalista. ¿Opinión positiva sobre el comercio? Tres cuartos de lo mismo. ¿Opinión negativa sobre el comercio? La encabezan Estados Unidos, Francia y los viejos países que erigimos barreras contra el mundo emergente.

EL FIN DE LA ERA DE OCCIDENTE

Esto es prueba del fin de la era de Occidente, el gran periodo de expansión europea. Europa se desangró en dos guerras civiles europeas que se convirtieron en sendas guerras mundiales. Tras la segunda de ellas, Europa pierde su imperio y se produce la descolonización política del mundo. Surgen nuevos Estados, que ahora se están descolonizando económicamente.

De acuerdo con los estudios de Angus Maddison, el gran historiador económico, alrededor del año 1000, Asia producía más del 70% del PIB mundial, en buena medida gracias a su gran volumen de población, mientras que Europa apenas llegaba al 9%. Hacia 1500, Europa había mejorado, estaba en el 18% mientras que Asia había bajado al 67%. Hacia 1820, en los comienzos de la gran Revolución Industrial, Europa había alcanzado el 24% y Asia había descendido hasta el 60%. A la altura de 1900, Asia era sólo el 30%, EE.UU. el 17% y Europa el 37%. Finalmente, para 1950, Asia era poco más del 20%, EE.UU. el 30% y Europa otro 30%. Queda patente la gran decadencia experimentada por el continente asiático en esos casi mil años. De una convergencia inicial se pasa a una gran divergencia coincidiendo con la Revolución Industrial, pero se retorna a la convergencia a partir de 1950. Estamos, pues, periclitando el periodo de la gran era de Occidente.

Pensemos que Europa tenía el 25% de la población mundial en 1950, mientras que en este momento tiene sólo el 7,1%; Asia tiene el 60%, mientras que África va a llegar al 20-22% en breve.

¿Es sostenible esta dinámica?

Ésta es la gran pregunta, ya que países que crecen con 1.100 ó 1.300 millones de habitantes al 8, 9 ó 10% anual acumulativo se convierten en inmensas aspiradoras de toda clase de recursos naturales: petróleo, níquel, cinc, hierro, soja, carne, agua, etc. El ritmo de crecimiento de estos países es brutal, ¿cómo administramos el petróleo y los demás recursos naturales? Hacer sitio a gigantes es siempre un gran problema: hacer sitio a las potencias que emergieron a finales del siglo XIX provocó dos guerras mundiales. Vivimos, pues, en un mundo neomalthusiano, con gigantescas presiones sobre los recursos, que se han mitigado a consecuencia de la crisis económica, pero que reaparecerán en cuanto ésta llegue a su fin y se inicie un crecimiento fuerte.

¿Cómo gestionar este nuevo mundo?

Esta es la gran pregunta. Tenemos ya una sociedad-mundo emergente: tenemos una política-mundo, una economía-mundo, una opinión pública-mundo. Sin embargo, las gobernanzas son todas nacionales y locales. Los problemas son globales, las gobernanzas son locales; éstas se encuentran territorializadas, mientras que los problemas se han desterritorializado. Tenemos una emergente agenda de desgobierno, una agenda de problemas que sólo se pueden abordar a nivel global, pero carecemos de instrumentos para ello. Pensemos en la proliferación de armas de destrucción masiva, en los movimientos migratorios, en el cambio climático, en las grandes epidemias, la gestión de los recursos naturales, etc. Todas ellas cuestiones que sólo se pueden abordar de manera global. El gran problema de hoy es que la humanidad carece de instrumentos para gestionar los problemas globales, inventándonos cauces como el G-20 para poder solucionarlos *ad hoc*, pero que no constituyen medios adecuados. Además, la ONU se ha quedado obsoleta.

¿Qué es lo que tenemos?

Tenemos un juego de grandes potencias en el cual EE.UU. sigue siendo el país líder, y lo seguirá siendo mucho tiempo gracias a su posición geográfica, por su PIB, por su Ejército, por su *soft power*, por múltiples razones. Creo que tenía 18 años la primera vez que oí que el imperio americano se hundía. Pues no se ha hundido y le quedan muchos años de existencia, aunque es evidente que el cénit de su supremacía ha quedado atrás y que el poder relativo de los EE.UU. se ha debilitado. Las potencias se entienden a través del G-20 y del Consejo de Seguridad, pero detrás del G-20 está emergiendo un G-2, es decir, un entendimiento entre EE.UU. y China. Obama lo ha dicho por activa y por pasiva: el gran problema de EE.UU. es el entendimiento con China. EE.UU. se está desentendiendo de Europa, ya que el Viejo Continente no es un problema ni una solución para las grandes controversias mundiales.

En cualquier caso, el *hard power* de EE.UU. es brutal, sin parangón en la historia. Por ejemplo, su marina tiene doce veces más portaaviones que todas las demás armadas combinadas. La *Royal Navy* se conformaba con poseer un tonelaje superior al de las dos siguientes flotas juntas, pero EE.UU. tiene un tonelaje equivalente a doce veces el resto del mundo. Según una encuesta de ámbito mundial realizada recientemente y que tenía como pregunta cuáles son los grandes poderes a día de hoy, EE.UU. es la primera potencia mundial para el 81% de la población mundial, seguido de China con un 50%. A partir de ahí figuran muy igualados Rusia, Japón, la UE y el Reino Unido. Resulta muy curioso que la UE no sea percibida como más poderosa que el Reino Unido, Japón o Rusia. Además, son los alemanes, los franceses y los británicos los que sostienen que la UE es una gran potencia; pero cuando se pregunta fuera del territorio comunitario si Europa es una gran potencia, sólo el 12% de los brasileños, el 8% de los indios y el 4-5% de los rusos responde afirmativamente. Es decir, los europeos estamos convencidos de que somos una gran potencia, pero el resto del mundo no se ha enterado. La UE no está ni se la espera en la escena internacional.

¿Cómo pensamos el mundo?

Siempre lo hemos pensado de forma descaradamente eurocéntrica, situando a Europa en el centro del mundo, y especialmente a las dos potencias que iniciaron la globalización, España y el Reino Unido. No olvidemos que el meridiano de Greenwich, el meridiano cero, pasa junto a Londres, atraviesa la península ibérica y divide el mundo en dos. A un lado, Oriente Próximo y Extremo Oriente: no caben expresiones más abiertamente eurocéntricas.

Dividir el mundo por el meridiano de Greenwich resulta ridículo porque supone colocar en el centro al 6% de la población mundial. Si colocamos a Asia, es decir, al 60% de la población, en el centro de nuestro mapamundi, descubrimos que el Imperio del Medio de los chinos vuelve a ocupar el centro del mundo, y que surge un Extremo Occidente en el que se encuentra Europa. Y en el extremo occidente de ese Extremo Occidente encontramos a los tres grandes países que iniciaron la globalización: Portugal, España y Gran Bretaña (ver gráfico 1).

Este cambio de esquema nos permite advertir que quizá los europeos y los españoles estemos pasando del centro del sistema-mundo a la periferia del sistema-mundo y no nos hayamos dado cuenta. Y a lo mejor eso es precisamente lo que nos pasa.

PALABRAS CLAVE

Economía internacional • Globalización • Asia - China - India • EE.UU • Europa • Occidente

RESUMEN

Emilio Lamo de Espinosa mantiene que el actual momento histórico es el de la inflexión de tres grandes ciclos: el de la actual crisis económica que empezó en 2007, el de la revolución económica de la globalización, que nació con la aceptación universal de la economía de mercado tras la caída del Muro y del modelo soviético, y el ciclo que los historiadores han denominado como fin de la era de Occidente. El autor señala, desde una visión exterior a nuestra realidad europea, las causas –demográficas, políticas, económicas y tecnológicas– de este cambio de escenario mundial en el que se perfilan claramente ganadores y perdedores. Entre los primeros, las potencias emergentes (especialmente China, la India y Brasil) y entre los segundos, las viejas potencias del G-7 (sobre todo, la Unión Europea). Todo ello configura el nuevo mapa del mundo al que debemos enfrentarnos.

ABSTRACT

Emilio Lamo de Espinosa holds that the current historical moment springs from the exhaustion of three great cycles: that of the current economic crisis beginning in 2007, the economic revolution of globalisation which began with the universal acceptance of market-based economy after the collapse of the Wall and of the Soviet model, and the cycle that historians have denominated the end of the Western era. The author points, from a view outside our European reality, to the causes – demographic, political, economic, and technological – of this change of world scenario where winners and losers are clearly taking shape. Amongst the former, emerging powers (especially China, India and Brazil), and amongst the latter, the old powers of the G7 (particularly the European Union). All this shapes the new world map which we are to face.



¡Perfecto!
Un Kiosco
digital

Acceda a nuestros contenidos en formato eBook, artículo por artículo
o en edición impresa con sólo hacer un *click*

Todo en www.revistadelibros.com

Además disfrute de nuevas recomendaciones de lecturas, comparta sus opiniones
con otros lectores y síganos la pista en las redes sociales

Revista de Libros · www.revistadelibros.com · suscripciones@revistadelibros.com · T. +34 91 3194833